

Elías

El País, [1992-10-29].

Hace una veintena pasada de años que nos conocemos Elías y yo, desde que me vine de Caracas. Nos tratamos mucho: presentaciones de libros, comidas, y entre otras cosas viajamos una vez a Estrasburgo a pedir más libertad. Generosidades tuyas la mayoría, porque es desbordante en todo, pero sobre todo en su entrega a su sacerdocio de escribir y su darse entero en la amistad. Después, silencios largos, y me digo (acaso el lo piense también): "ese está trabajando". Y de acierto en acierto pasan los años sin vernos. Nos hemos llamado por teléfono, escrito de vez en cuando, él en esos billetes de trazo largo como signos taquigráficos. Sabemos el uno del otro por la prensa, las referencias de lo que estamos haciendo. Y a ratos nos malinterpretamos. La semana pasada me mandó un mensaje en la página del gran periódico municipal de Bilbao, que por cierto lo recibo puntualmente por atención de su director Angel Ortiz Alfau, amigo del mismo tiempo y distancia. Me dice Elías acompañando un artículo suyo dedicado en "Pérgola" a un escritor amigo: "Por cierto que en Durango presentaré a Tellagorri, un encargo del Ayuntamiento de Getxo, donde por cierto te cito en algún artículo que tú escribiste en *Tierra Vasca* con motivo de su muerte, en donde dices entre otras cosas que personalmente no le conociste", pudiendo añadir: "personalmente, aunque os escribíais mucho y le publicaste en la revista semanal caraqueña *Elite* que tu dirigías entonces, los relatos que aparecieron en su libro *Horas joviales*". Pero no lo sabías, es natural.

Como vas a ser preciso cuando escribes, en ola más o menos, a mares, a océanos.

– Sí me ocurre lo que a él: por eso lo sé... Elías siente la comezón bendita de la obligación de cubrir los temas que se impone con un aliento de totalidad que, además de la larga y valiosa obra anterior, que entre otros libros incluye: *El proceso de María Estuardo, Redentor del Mundo, Van Gogh y el más allá, Yo, demonio..., Andanzas y naveganzas de Lope de Aguirre, Auto de fe en Valladolid, Como se hace rey, Con piedras, Consejos a un recién muerto, Del cisma, Enrique Quarto* (quien lo estoy viendo a caballo, cansino, hundida la cabeza entre los hombros, tanto me impresionó!). *Guía del perfecto inquisidor, Jorge Sand, Morir, qué tentación, Los pecados se hacen de "en", Sonata fúnebre...*

Después de toda esta obra gigante, y más que falta por citar, de pronto le viene a Elías la idea virgen, porque nadie se ha atrevido a proponérsela antes, de reunir con carne y huesos a todos los vascos que escribieron en castellano, que son montón, y que el escritor no cejará hasta darle cima algún día...: otra, de *Los autores vascos*, que va por el tomo VIII...

Esta es una obra colosal y altruista que el País está en el deber de agradecer.

Decía que me ocurre, aunque en menor escala, algo parecido, el mismo mal de querer abarcar en totalidades, porque cuando llegué a Euskal Herria, con Franco vivo todavía en 1969, empecé sacando, en periodista, un librito con la Síntesis de la Historia

del País Vasco con cien recortes y enmiendas, y muerto el caudillo no paré hasta sacar, gracias a Planeta, la *Historia de Euskadi*, todavía a modo de divulgador, en seis volúmenes de estantería y dos de difusión popular que me costaron casi cinco años de trabajo.

Es el prurito, acaso insano, aunque sea rendidor, de lograr un objetivo pleno en sí mismo, redondo: una ilusión de perennidad que pone a trabajar al hombre con un cierto provecho colectivo.

El tomo IV de *Los vascos que escribieron en castellano*, para el que me pide la introducción, engloba, cualquier palabra sirve para redondear la parte de un todo más vasto, comprende a los escritores nacionalistas. Prologa el primero, el rector de la Universidad Menéndez Pelayo, el profesor Yndurain, alguien que Elías quiere mucho; el segundo prologuista fue el Dr. Justo Garate, médico e investigador de obra importante en diversas disciplinas científicas, exilado en Argentina todavía; el tercero fue nuestro común amigo Miguel Pelay Orozco, literato de abundante y fina producción, que también pasó por el destierro americano, y el cuarto, el que corresponde a los escritores nacionalistas, es el que me ha correspondido a mí "por tratarse de tema tan querido y que tanto conoces".

Y son ciertas las dos cosas, por la experiencia.

De entrada, el exigente Elías Amézaga entra por un pórtico de hasta seis partes que introduzcan al lector al nacionalismo en su contexto vasco: 1. del nacionalismo en general; 2. de los precursores inmediatos; 3. da tres fechas prenacionalistas; 4. describe las vísperas del nacionalismo; 5. señala el que está dentro de su ortodoxia, y 6. no deja de mencionar el nacionalismo más moderado.

Estudia la figura de Sabino de Arana y Goiri desde el Juramento de Larrazabal en que ofrece su vida al servicio de la patria el 3 de junio de 1893; y describe su lucha desde la soledad, dice contra quienes, armado de que, su fe religiosa y su pluma acerada, tanto a través de la prensa creando hojas y periódicos acompañado de sus hermanos Koldobika y Paulina. Estudia Elías sus otras armas: la poesía, el teatro; su correspondencia; estudia al político, al patriota, a través de sus relaciones sociales; lo pone frente al voto popular y elegido para la Diputación de Vizcaya. Luego lo juzga frente a los literatos de su entorno: frente a Unamuno, a Echegaray, al euskaltzale Azkue, al socialista Meabe, frente al escritor navarro Arturo Campión. Estudia a Sabino a la luz de tres de sus biógrafos. Da cuenta de la bibliografía sabiniana. Analiza la figura de Luis (Koldobika) Arana-Goiri. Evalúa el nacionalismo en Navarra, y se refiere a los Aranzadi de la rama navarra, y a los Irujo, uno de ellos. Daniel (abogado, y padre de Manuel el político), que defiende a Sabino. Da una ficha extensa y muy importante, y muy acertada, creo yo: del escritor Arturo Campión, cita su muerte en Donostia en plena guerra civil y juzga su novelística y lo evalúa como historiador, estudia su fuerismo, lo proyecta como político y como nacionalista. Estudia la tragedia euskara a través de sus relatos. Cita luego entre otros sabinianos a: Florencio Basaldua; a Engracio de Aranzadi, en su vida, en sus libros y en la prensa; menciona su "viraje" ideológico: y termina citando a Luis Eleizalde como hombre y por su obra escrita.

El lector encontrará en la obra de Elías Amézaga unos ángulos de visión distintos de los que tradicionalmente hemos venido dando sus adeptos, y también de los que reniegan de él en el aspecto patriótico, en sus ideas políticas y religiosas.

De aquí el interés de este trabajo.

En cuanto a Sabino mismo, el nacionalismo que pregona, el autor los trata con respeto, y hasta con afecto. "A Unamuno lo quiero, –dice– a Sabino lo respeto. (...) Unamuno trabaja para sí, Sabino para los demás. A éste lo considera un hombre de acción, radical en sus principios en un medio hostil. Por tanto, no fue "ni conciliador ni diplomático": "tampoco es hijo de nadie", significando que su doctrina política no la ha heredado, porque su residencia en Barcelona "significa poco". Algo de esto he solido pensar yo con respecto al federalista Pi y Margall, a quien lo cita una sola vez, según recuerdo, y es para señalar su falta de pensamiento religioso. Reconoce Amézaga el esfuerzo titánico y la honestidad del fundador del nacionalismo vasco: le supone sus "debilidades" humanas, "amistades íntimas y de las otras, las tráfugas". El tiene derecho a suponer todo, y los que hemos vivido enfervorizados con sus principios, no. Justifica algunas críticas de sus adversarios, pero no de aquellos "de los que escribieron más que con la pluma con el bisturí". No fue racista en el sentido germánico: aquí lo único que se pretende es defenderse de una invasión, y no sintió horror a lo foráneo en general, sino a lo español, en la recíproca medida en que él, por su parte, causaba horror al español. Quiso la emancipación de su patria porque todos queremos lo mejor para la nuestra: se opuso a la corrupción ambiente, a la inmoralidad, al caciquismo, al colonialismo, a la realeza senil, al clero político, al capitalismo, a una invasión de su país, pacífica sólo en apariencia, ya que poco a poco fue desalojando a los incolas"... "No le clavaron en cruz, eso no, le pusieron astillas en los pies para ir desangrándole por dentro".

Y dice Elías pintando claroscuros muy severos:

"Más de uno le atacará por imbuir su sentimiento de hostilidad hacia una buena parte de sus contemporáneos y hacia los foráneos. Se distorsiona así el auténtico fin que es quitar ligaduras a su pueblo. Es la suya una idea libertaria que exige rupturas, que produce desgarros, –que duda cabe! De lo que se trata, óiganlo bien los sordos, es de gritar al mundo la inconducta de los macroestados esclavizadores exterior e interiormente".

Está claro que el vasco Elías Amézaga no es nacionalista vasco, pero tampoco nacionalista español.

"Leyéndole hoy (a Sabino de Arana) imagínense lo que sería en sus días) inflama o concita resistencias. Me asombra su actitud kamikaze, que no doble la rodilla jamás, ni siquiera cuando ve el patíbulo en que finaron sus pares, los libertadores de América o Filipinas".

Se harán muchas lecturas de esta obra de Elías Amézaga, porque está abierta a todas las luces y a todas las sombras.

Yo he hecho esta breve "Pórtico", como él dice: no un análisis de su obra, ni una reseña, tampoco una apología del autor, que no lo necesita, sino expresar brevemente el sentimiento que me produce este cuarto volumen de su gigantesca obra: Los vascos que escribieron en castellano, el que se refiere a los escritores vascos nacionalistas.